

BITÁCORA DE GUERRA

1914, 1939, 1991

CUANDO CREÍAMOS VIVIR EN LA ANTESALA DE LA "PAZ PERPETUA" que imaginó Kant, la guerra nos ha tomado por asalto. Nuestra reacción ante ella es un haz de sentimientos complejamente entrelazados: sorpresa, incertidumbre, ansiedad, extrañeza, repugnancia, temor. Durante casi medio siglo, el mundo conoció un sólo momento similar de auténtico riesgo a la seguridad global: la crisis de los misiles en 1962. Fuera de este caso aislado y fugaz, ninguna de las guerras regionales, post-coloniales o revolucionarias involucró a la cantidad de países e intereses que hoy toman parte, de una forma u otra, en el Golfo Pérsico. Nadie puede predecir cuál de los muchos escenarios prevalecerá, pero una cosa es clara: las posibilidades de que el conflicto se complique no son pocas ni pequeñas. Un alfiler desprendido puede desatar una cadena de reacciones "brownianas": reversión múltiple de las alianzas —no sólo entre los países árabes sino entre Occidente y la URSS—, salvajes e interminables batallas en el desierto, estampida de repudio en el electorado europeo y norteamericano, uso generalizado de armas no convencionales, escenas de horror sin precedente... Armagedón.

Aunque estos y otros escenarios ominosos no son los más probables, sobrecoge el simple hecho de que existan, de que pertenezcan al horizonte de lo posible. El azoro crece si se piensa que el asalto a la razón ocurre a sólo un año de los cambios democráticos y libertarios en Europa del Este. A principios de 1990, el siglo se había autopurgado de lo que parecía ser el último vestigio del mal: el sistema totalitario. Como en una novela de suspenso que por fin revela su trama secreta, mirábamos hacia atrás satisfechos de presenciar el final feliz de un ciclo cuya equivocación básica consistió en denegar todo el poder a los individuos y delegar todo el poder en el Estado. Las naciones secuestradas a raíz de Yalta comprendían que para ellas la Segunda Guerra terminaba 45 años después del último disparo. Enterrados el fascismo, el nazismo y el comunismo, Occidente y Oriente asimilaban las dolorosas lecciones del pasado y abrían un milenio de coexistencia y comunicación. Entre los rasgos del cambio, el más extraordinario era su carácter pacífico: lo habían alcanzado los pueblos con manifestaciones silenciosas, con resistencias lúcidas y tenaces, y con votos. La aterradora escala del mal que caracterizó al siglo XX —los hornos crematorios, la bomba atómica, los campos de concentración, la colectivización forzosa

y mortal de millones de personas, los hospitales psiquiátricos, el terror policial que penetra hasta en los más íntimos resquicios de la vida privada, el Archipiélago Gulag, etc.—, pareció una pesadilla remota e irrepetible. De pronto, la celebración cesó: ¿era prematura, ilusoria, falsa?

Probablemente no. La guerra que arde en el Pérsico ha arrojado una sombra de incertidumbre sobre el nuevo orden que siguió a la Guerra Fría, pero no es fácil que lo destruya: demasiados países, demasiadas personas han liberado su rumbo para tolerar una reversión. Con todo, aun en el caso de una victoria de la fuerza multinacional, es claro que el nuevo orden internacional deberá resolver varios problemas con los que sencillamente no contaba: la difícil convivencia con la antigua y multiforme civilización árabe es el más grave. Ahora sabemos que la competencia Este - Oeste, (democracia - totalitarismo, economía de mercado - economía estatal planificada) fue, a fin de cuentas, una querrela de concepciones mentales, de ideologías nacidas en Occidente, una querrela costosísima que, sin embargo, se solucionó sin desembocar en la guerra abierta. Conforme las diferencias descendieron de la mente a las vísceras, la solución ha sido violenta: el racismo de Hitler no podía sino conducir a la guerra. ¿Hay algo aún más inamovible que los prejuicios? Sí: la religión. Aun cuando los resortes que mueven el antiguo —y, en muchos sentidos, justificado— sentimiento de agravio del mundo árabe contra Occidente no son exclusivamente religiosos, hay en ellos un sustrato religioso intocado a través de los siglos: el vago sueño de reconquistar la reconquista.

Nuestros bisabuelos debieron sentir una extrañeza similar a la nuestra en 1914. "El impacto moral de la Primera Guerra —escribió el historiador inglés A.J.P. Taylor—, aquello que impedía pensar racionalmente sobre ella, era que sobrevenía luego de un período de paz sin precedente en la historia europea... La realidad de la guerra se había alejado de la mente de los hombres. Todos creíamos que el sistema, o la falta de sistema, seguiría operando como venía operando por tanto tiempo". Esta extrañeza se acentúa en países como México, cuya última guerra propiamente internacional terminó hace 123 años, y cuya última guerra civil concluyó junto con la primera guerra mundial. Aunque el conflicto se desarrolla en el otro extremo del globo y no hay soldados mexicanos en el frente, el sentimiento básico que produce es un desencanto profundo, el mismo que Freud apuntó en 1915:

La guerra, en la que no creíamos creer, estalló y trajo consigo una terrible decepción. No es tan sólo más sangrienta y más mortífera

que ninguna de las pasadas, a causa del perfeccionamiento de las armas de ataque y defensa, sino también tan cruel, tan enconada y tan sin cuartel, por lo menos, como cualquiera de ellas. Infringe todas las limitaciones a las que los pueblos se obligaron en tiempos de paz —el llamado Derecho Internacional— y no reconoce ni los privilegios del herido y del médico ni la diferencia entre los núcleos combatientes y pacíficos de la población, ni la propiedad privada. Derriba, con ciega cólera, cuanto le sale al paso, como si después de ella no hubiera de existir futuro alguno ni paz entre los hombres.

Fuera de unos cuantos estetas del fascismo que ponderan entre nosotros el "sex appeal" de Saddam Hussein, el grueso de la opinión pública mexicana lamenta la guerra por los mejores motivos: no sólo por lo que destruye ahora sino porque —siguiendo con Freud— "amenaza dejar tras de sí un encono que hará imposible, durante mucho tiempo, la reanudación de los lazos de solidaridad humana".

Y sin embargo, 1991 no es 1914. Nuestro desencanto luego de largos años de tranquilidad puede ser similar, pero la naturaleza de ambas guerras es distinta. Aquella guerra absurda, sobre cuya verdadera motivación los historiadores aún no se han puesto de acuerdo, fue una explosión de irracionalidad. "Los hombres querían la guerra por la guerra misma" dice Taylor, y Freud agrega: "Nuestra percepción de los hombres ha caído muy bajo porque había llegado demasiado alto". Esta guerra en cambio, como la de 1939, nace como reacción justificada ante una agresión inadmisiblemente.

"FORTRESS AMERICA"

"¿Qué opina usted de la civilización norteamericana?" le preguntó alguien a Nehru. "Que sería una idea maravillosa", contestó. Aunque falsa, la anécdota contiene un grano de verdad. El norteamericano común no la entendería porque vive en la tierra de la fantasía y del mañana incesante. Fueron ellos mismos quienes acuñaron el término que define esta mentalidad desapegada del mundo y la historia mundial: "Fortress America". Un irritante adicional en el conflicto del Pérsico, sobre todo para América Latina, es el hecho de que la protagonicen los ubicuos soldados de la fortaleza.

En tiempos menos nublados, Octavio Paz explicó que el origen del ensimismamiento está en el proyecto de fundación de los Estados Unidos: "construir una sociedad a salvo de los horrores y accidentes de la Historia". Las consecuencias propiamente históricas de esta actitud fueron muchas y, por lo general, nocivas para la relación de ese país con el mundo. Lo condenaron a una suerte de infantilismo permanente, a una dificultad para entablar vínculos maduros y respetuosos con vecinos cercanos o distantes, a una rigidez que fluctúa entre dos extremos: el aislamiento del avestruz o el intervencionismo del "big stick". "Si pudieran, escribió Paz, los norteamericanos se encerrarían en su país y le darían la espalda al mundo, salvo para comerciar con él o para visitarlo. La utopía norteamericana... es la mezcla de tres sueños: el del asceta, el del mercader y el del explorador". El primero ha prevalecido sobre los otros dos y es visible en las más variadas actitudes moralistas que permean la cultura política, y la cultura sin más, de Norteamérica. Cualquier programa de televisión de cualquier género a cualquier hora repite hasta la

saciedad el mismo esquema: en el mundo hay buenos y malos, gánsters e intocables, pieles rojas y caras pálidas. Hasta cuando son víctimas de la culpa generalizada, su perspectiva es maniquea: somos radicalmente malos en un mundo radicalmente bueno.

Como compensación natural al ensimismamiento, la actitud tradicional de los Estados Unidos frente al mundo exterior ha sido juzgar, no comprender, y juzgar con la espada desenvainada. Desde los tiempos del "Destino manifiesto", el asceta moralista se impacienta con formas de vida que no respetan ni conoce ni entiende. "Por orden de la Providencia —escribió un clérigo metodista en Matamoros, en junio de 1846— la raza anglosajona debe tomar posesión de todo el territorio de Norteamérica e influir y modificar el carácter del mundo entero... nuestra misión es esparcir la luz sobre las oscuras fronteras de Tamaulipas". Entre el atropello que significó aquella primera guerra internacional y todos los que han seguido, sobre todo en América Latina, no hay gran diferencia.

Los países europeos que llevan siglos y hasta milenios de vivir entre la guerra y la paz tienen el hábito de procurar resolver sus conflictos por la vía política. Saben que nunca ganarán todo ni perderán todo, saben que la diplomacia es el arte de maniobrar —y permanecer— en zonas grises. En cambio los norteamericanos, que nunca han sufrido una invasión territorial —exceptuando, claro, la de Pancho Villa— desconocen los matices. Cuando su imperioso moralismo —pacífico o violento— ha querido constreñir el fluido de la historia, éste ha encontrado conductos propios, a menudo inesperados, no pocas veces contraproducentes. Un caso clásico fue el desempeño del presidente Woodrow Wilson en Versalles.

"Al dejar Washington —escribió J.M. Keynes—, Wilson gozaba de un prestigio mundial y una influencia moral sin precedente en la historia." Europa debía ya a los Estados Unidos un dinero que no podía pagarle y necesitaba aún más para no morir de inanición. El noble propósito de los Catorce puntos wilsonianos parecía presagiar una era de sólida convivencia. Alemania se había rendido bajo la condición de arribar a una paz justa, honorable y magnánima. Las condiciones, en suma, parecían perfectas. Por desgracia, el moralismo de Wilson frustró los propósitos. "El presidente —observa Keynes— no era un héroe o un profeta; ni siquiera un filósofo: era como un ministro de algún culto no conformista, quizá presbiteriano". Este "ciego y sordo Don Quijote" del Nuevo Mundo tenía que lidiar con representantes del "viejo y perverso mundo" como Clemenceau o el ministro inglés, Lloyd George, que ponían en el juego diplomático no sólo una sabiduría heredada de siglos sino "seis o siete sentidos". Para la perplejidad general, pronto quedó claro que además de su ignorancia, desinformación, lentitud, inexperiencia y candor, Wilson era impráctico: "podría haber pronunciado un sermón sobre cualquiera de sus Catorce puntos o dirigir una plegaria a Dios por su cumplimiento, pero era incapaz de instrumentar la aplicación concreta de cualquiera de ellos en Europa". El desenlace final fue un arreglo aparentemente puro y justo, "consistente con cada sílaba del Pentateuco", pero profundamente insincero, sofisticado e impráctico: una garantía para la doblez y la violación, una camisa de fuerza que protegía la buena conciencia —y los votos domésticos— del presidente, pero albergaba la semilla de una discordia devastadora.

El siglo xx ha conocido varios casos en que la historia de Wilson se ha repetido, y otros, aún más frecuentes y reprochables, en los que el moralismo asume formas violentas. Con esos antecedentes, apenas puede resultar extraño que el presidente Bush, adoptando tonos de ministro episcopal, invoque a Dios y declare que Estados Unidos es "la única" nación con "la estatura moral" para enfrentar a Hussein. Dentro de la fortaleza, el electorado aplaude. Fuera, aun en los ámbitos aliados, el mensaje de Bush no puede sino provocar malestar. Su historial como nación no avala la exclusividad que reclama ni le otorga tampoco una autoridad moral por encima de la historia. Ninguna nación tiene esa autoridad, ni Dios ha elegido a ninguna que la encarne por encima del tiempo. Las guerras son justificadas o no, en cada caso y de acuerdo con las complejas circunstancias que las rodean.

Con todo, sería una falsedad y una hipocresía negar que en este mismo siglo los Estados Unidos han intervenido en otras ocasiones supeditando el moralismo a la moral: sin su participación en la segunda guerra mundial quizá viviríamos todavía en la era del III Reich; sin el Plan Marshall, Europa no se hubiese reconstruido en el tiempo y proporción que lo hizo. Y, más recientemente, sin la intervención de Carter tal vez no se hubieran llevado a efecto los acuerdos entre Egipto e Israel.

Son un imperio incómodo, un presbiteriano colectivo, admonitorio y simplista, "sordo y ciego", pero con una diferencia esencial con otros imperios: son una democracia que se impone a sí misma límites a los abusos extremos de poder. Vivir cerca de ellos ha sido muchas veces una pesadilla, pero menor de la que han padecido otros países en situación similar de asimetría. La historia toda de Polonia lo atestigüa: es un país crucificado entre dos imperios antidemocráticos al que por casi dos siglos privaron de la independencia y la libertad. Al que robaron la historia. Nosotros no tenemos quejas de una profundidad comparable, aunque nos robaron la mitad del territorio. Lo saludable ante ellos es enfrentarlos y tomar distancia cuando los posee el imperioso, arrogante moralismo, y apoyarlos cuando su causa lo valga. La Guerra del Pérsico es una de esas causas.

QUITAR LA OTRA MEJILLA

No se necesita ser cuáquero para deplorar la guerra. Tampoco se requiere pertenecer a la secta mexicana que reclama para sí el monopolio legítimo del poder moral y que por tanto condena todo aquello que se desvíe de sus cánones. Esta corriente inquisitorial de opinión, la misma que acaba de descubrir la importancia de la democracia —no hace mucho la adjetivaba como "formal, limitada, política, burguesa"—, se ha despertado de pronto nimbada de pacifismo. No se recuerda que estas personas hayan manifestado un repudio remotamente similar cuando los ejércitos rusos invadieron Afganistán, pero ahora, súbitamente, su única obsesión es la paz. Su oportunismo es tan evidente y su adocenamiento tan intenso que no hay mucho lugar para el diálogo. Pero a un lado de esta secta, hay una parte de la opinión en la que el repudio legítimo de la guerra se ha deslizado hasta una posición pacifista, sincera y a ultranza. Esta postura tiene, sin embargo, implicaciones morales que conviene aclarar.

Un mandamiento del Decálogo y varios pasajes del Evangelio han inspirado al pacifismo de tradición cristiana. La actitud

es cómoda en tiempos de paz o de una guerra abstracta o lejana, pero incómoda cuando "la lumbre llega a los aparejos". En la guerra civil norteamericana, muchos cuáqueros fueron pacifistas hasta que los soldados amenazaban con violar a sus madres o hermanas. Aún así, el Evangelio es claro: "ama a tu enemigo", "ofrece la otra mejilla", pero el dilema es tal que los mismísimos Padres de la Iglesia lo vieron hacer varios siglos. Tanto San Agustín como Santo Tomás admiten que la guerra está justificada en algunos casos, sobre todo cuando previene un mal mayor.

Para ser coherente en lo intelectual y moral frente a esta guerra, el pacifista de buena fe debe examinar primero su posición ante la invasión de Kuwait en agosto de 1990. ¿Mostró la misma indignación que siente ahora, o su pacifismo es selectivo, dependiendo del agresor? El que Kuwait sea un país remoto y pequeño no le quita sustancia histórica y humana. Supongamos que el pacifista pasa la prueba, lamentó aquel golpe de Irak y ahora, ante el peligro global que se cierne, se ha vuelto mucho más activo. Quiere la paz, sólo la paz. De acuerdo, pero la paz, ¿cómo, a qué precio? Sería bonito que por el clamor mundial todos los ejércitos en pugna se retiraran deliberadamente del campo de batalla, sería bueno pero nunca ha ocurrido en la historia humana. En cada guerra se dan condiciones concretas sobre las que el pacifista está obligado a pronunciarse en términos concretos y llevando hasta sus últimas consecuencias prácticas sus actos de convicción. Rara vez lo hace: imbuido por su sincero repudio de la violencia, el pacifista siente que ese acto público de convicción se justifica por sí mismo y es suficiente.

Por lo general no lo es, aunque hay que admitir que lo ha sido en casos excepcionales. Bertrand Russell se opuso a la primera guerra mundial y fue a la cárcel por sus convicciones. La relativa indeterminación de aquella guerra, nacida más del lujo, la abundancia y el sopor de la paz que de un peligro unilateral y localizado, justificaban la actitud de Russell. Más aún, su pacifismo no sólo fue coherente sino efectivo: en la cárcel y con sus escritos libró una guerra cívica contra una guerra absurda. Veinte años después apoyó decididamente la guerra contra Hitler. ¿Había cambiado? No: el pacifismo de 1917 y la beligerancia de 1939 eran dos formas de defender, con responsabilidad, los valores esenciales de la civilización occidental: la nuestra. En el conflicto del Pérsico es improbable que Russell hubiese recurrido a los pañuelos blancos.

El pacifismo ante Hussein —cuyo retiro terminaría la guerra de un tajo— no tiene buena prensa. Por eso la receta pacifista más común es "Yanquis go home". Supongamos que ocurriera. Con el antecedente concreto de la guerra de ocho años contra Irán, el trato documentadamente genocida de Hussein contra su propia población kurda y el hecho consumado de la invasión a Kuwait, el pacifista está obligado a decir qué piensa de la amenaza práctica que se cerniría entonces no sólo sobre Israel sino sobre los otros países árabes del área. Dirá tal vez, retrotrayendo la argumentación, que la guerra era evitable, que debió darse más tiempo a las sanciones económicas. La porosidad de las fronteras jordana, turca e iraní habían vuelto casi nugatorio el embargo, pero aún concediendo que el diferimiento era posible, no hay que olvidar que era sólo eso, un diferimiento: si Hussein ha lanzado a su gente a la muerte, ¿por qué habría de ceder ante el hambre? A fin de cuentas, el pacifista se habría encontrado ante la necesidad

de pronunciarse y decir, con todas sus letras, que desde el punto de vista de la pérdida de vidas humanas, un Hussein vencedor es un mal menor que un Hussein vencido. *Tertium non datur*. Si lo hace, su posición es a juicio de muchos —del mío propio— equivocada pero no incoherente.

A la dificultad intrínseca de una posición pacifista frente a Hussein se añaden varias lecciones extraídas de la historia. Hubo una ocasión en este siglo en que el pacifismo funcionó de maravilla: Gandhi logró la independencia de la India convirtiendo a su nación al evangelio de la no violencia. Pero ¿cómo olvidar que su contrincante eran Atlee y la Gran Bretaña? No es necesario conjeturar cuál hubiese sido el desenlace con Stalin, porque el propio Stalin le preguntó alguna vez a Churchill: ¿por qué no lo fusila? Hussein no es Stalin, pero el pacifismo lo deja igualmente frío. Otra lección, mucho más pertinente, es la de Munich. Después de haberse rearmado, anexado la zona carbonífera del Rin y ejecutado el Anschluss austríaco, Hitler reclamaba una parte de Checoslovaquia habitada por una minoría étnicamente alemana. Chamberlain confió que con esa concesión lo apaciguaría. La foto del hombre del paraguas agitando el papel que garantizaba "la paz para nuestro tiempo", recorrió el mundo. Acto seguido, Hitler engulló toda Checoslovaquia. ¿Munich había servido para agotar las posibilidades de paz? El tiempo y los archivos diplomáticos demostrarían que decenas de millones de seres humanos se habrían salvado si Francia, Inglaterra, Estados Unidos y la URSS hubiesen encarado a Hitler desde 1936 o, al menos, 1938. La moraleja es clara: el espíritu de agresión y el hambre territorial son difíciles de apaciguar con concesiones, presiones materiales o pañuelos blancos.

CONOCE A TU ENEMIGO

La premisa apenas escondida detrás de muchos pacifistas de buena fe es el antinorteamericanismo. No cabe negar que los norteamericanos son corresponsables —junto con Alemania y Francia— de haber construido al "Golem" Hussein: lo armaron, lo propiciaron, lo dejaron crecer. Con todo, hablar de esta guerra como la "Guerra de Bush" es incurrir en una mentira de raíz ideológica: Irak no es Panamá, Santo Domingo, Nicaragua, etc.

En el reino celestial de la moral absoluta donde sólo rige la convicción y los hombres —ángeles no son responsables de sus actos ni necesitan serlo, bastaría con recordar el historial de intervenciones injustificadas en las que han incurrido los Estados Unidos para hacerlos desistir de la guerra. En el reino terrenal las cosas son distintas: con la autoridad legal de una resolución de las Naciones Unidas (no un consejo de ángeles, pero tampoco de lacayos del imperialismo yanqui: ¿o son Havel, Mitterrand y Felipe González empleados del Pentágono?) y con el imperativo de detener a Hussein, los Estados Unidos han intervenido. En términos morales y en términos político-prácticos, no es incoherente sostener la pertinencia y la necesidad de esa intervención. Es, para decirlo con Santo Tomás, un caso de proporcionalidad: el mal que previenen es mayor que el que causan. Hussein no es Hitler, pero no hay razón para esperar que lo compruebe: el riesgo que se le llega a parecer es suficiente.

No sólo la amenaza militar justifica la acción: también la amenaza económica. Se dice con frecuencia: "es sólo una

guerra mezquina por el petróleo". Quienes piensan así, deberían reflexionar un poco sobre la derogativa preposición "sólo". Hasta que no se desarrolen plenamente otras fuentes de energía, el petróleo es la sangre económica del mundo y el Pérsico es su yugular. En el reino celestial, el petróleo estaría distribuido equitativamente según las necesidades de cada quien (o no habría petróleo). En el reino terrenal el petróleo se rige por el mercado y lo poseen un grupo de naciones. No es el arreglo perfecto, pero es mejor que imaginarlo en un 45% en manos de un solo hombre, así sea un santo, no se diga si se llama Saddam Hussein.

En las críticas a Estados Unidos que se suelen leer en nuestra prensa doctrinaria hay una marcada tendencia hacia la irrealidad y la abstracción: parecen escritas desde Marte, o cuando menos desde un país que no pertenece a Occidente. El que Estados Unidos sea nuestro vecino, el que compartamos con ellos una de las más activas fronteras del mundo parece un dato insignificante. Allá ellos, aquí nosotros. Esta actitud, además de impráctica e imprevisora —¿qué nos ocurriría ante una debacle norteamericana?— conduce a posiciones incómodas para el que presume de demócrata. Bush y cualquiera de los líderes de la alianza en Occidente tiene que admitir la disidencia interna, tiene un congreso, un poder judicial, una prensa y una opinión libre ante los cuales debe responder. En una democracia se puede pensar y decir lo que sea: hasta apoyar públicamente a Hussein. En Irak se está con Hussein o con Hussein. Los súbitos demócratas de la izquierda doctrinaria en México —admitamos, desde luego, que hay una izquierda abierta y sensata que no piensa así— son la contrapartida perfecta de la doble moral norteamericana: quieren la democracia para México pero les parece un mal menor el que otros países sean dictaduras.

Un aspecto particularmente odioso en el debate reciente sobre la guerra ha sido el deslizamiento de algunos editoriales del antinorteamericanismo al antisemitismo. El hecho de que un amplio sector del electorado israelí y buena parte del laborismo que encabeza Shimon Peres haya buscado y siga buscando una solución al drama palestino debería ser suficiente como para matizar las generalizaciones antisionistas. ¿Por qué no lo ha sido? ¿Es posible ser un antisionista *abso-luto* y no bordear una nueva "solución final" para Israel? ¿Cómo explicar la aparición en muros de la ENEP Acatlán de frases como ésta: "Hitler tenía razón". ¿Por qué esa dignísima institución que es Radio Universidad admite que alguien proponga al aire "la expulsión de los judíos mexicanos"? ¿Estará tomando carta de naturalización el antisemitismo en México? Seguramente no. Se han presentado, desde luego, varios casos patológicos (como el escritor cuyo abuelo mantenía un óleo de Hitler en su oficina y que ahora necesita con urgencia que la maldad de los judíos compense, atenúe, justifique, lave, redima el fanatismo de aquel señor), pero lo cierto es que el antisemitismo no pertenece a nuestra conciencia histórica ni concuerda con el temple sincrético, inclusivo y tolerante del pueblo mexicano. Lo que hemos visto hoy, como una pálida muestra de lo que fue 1939, es que el antinorteamericanismo "ciego y sordo" puede conducir a las peores aberraciones: la tradición socialista —que tanto debe a los judíos— en las posiciones de los "tecos".

Otro género de argumentación antinorteamericana refiere los peligros del mundo unipolar. Se insinúa que el triunfo de

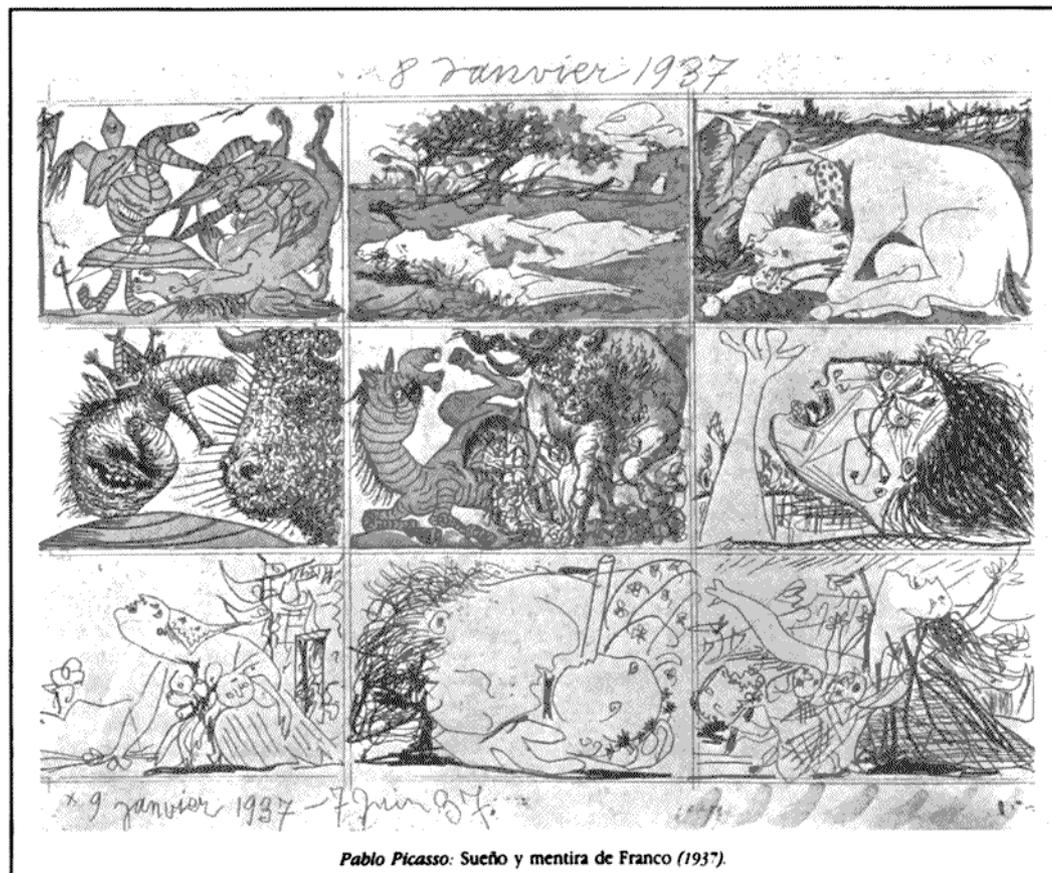
Estados Unidos en el Pérsico consolidaría ese monopolio histórico en detrimento de México. El razonamiento es falso porque arranca de una premisa militar: sólo en ese aspecto sería Estados Unidos una potencia incontestada. En el ámbito económico no lo sería y no lo es: antes de la guerra, durante ella y después, Estados Unidos tiene una economía con serios problemas y necesita del apoyo de Europa y Japón. Antes y después del Pérsico, no había ni habrá más guerra que la económica y ésta se lleva a cabo por lo menos entre tres participantes: el sudeste asiático, Norteamérica y Europa. ¿Dónde está o estará el mundo unipolar? Sólo en el ámbito militar, pero no es imaginable que los Estados Unidos envíen sus misiles contra Japón en represalia por las agresivas políticas comerciales de la Mitsubishi.

El miedo a la unipolaridad revela el fondo de la cuestión, el prejuicio que subyace en muchas opiniones sobre la guerra del Pérsico: nuestra constante tendencia a magnificar la dimensión de los Estados Unidos. Movidos por lo que Edmundo O'Gorman ha llamado "la servidumbre del despecho", tendemos a eludir nuestra responsabilidad histórica achacando al vecino del norte todas nuestras desgracias. La más superficial lectura de la prensa doctrinaria de estos días muestra que

para nosotros los Estados Unidos son como el demiurgo de los gnósticos: el creador de todo mal.

Vivir al lado de una fortaleza que produce Rambos ensimismados es sin duda una pesada carga, pero es una carga que muchos países tomarían si la Providencia geográfica se los permitiera. A pesar de su oscuro historial y sus rasgos reprochables, tratar a los Estados Unidos como enemigo perenne o adversario histórico y no como un futuro —aunque difícil— socio, parece un despropósito. Lo prudente sería encontrar las mejores estrategias para negociar con él, vías pragmáticas para influirlos, vigilarlos, criticarlos. Pero ¿cómo, si nos ciega el resentimiento, el prejuicio, "la servidumbre del despecho"? La obsesión por la dependencia refuerza la dependencia y mueve a la inmovilidad, la pasividad, la capitulación. Para enfrentar a los norteamericanos hay que acudir a las mismas armas que ellos utilizan en el enfrentamiento consigo mismos: las armas de la democracia. Las descubriremos en la medida en que seamos una democracia cabal. En el reino celestial el imperativo es ofrecer la otra mejilla y amar al enemigo. En el reino de esta tierra, lo responsable es lo inverso: quitar la mejilla y conocer al enemigo.

México, 5 de febrero de 1991.



Pablo Picasso: Sueño y mentira de Franco (1937).